

Jan T. Gross. Vecinos. *El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*. Prólogo de Jorge Martínez Reverte. Barcelona, Crítica. 2002. 238 páginas.

Por Pablo Bonavena*

Recibido: 17/3/2018 - Aprobado: 3/4/2018

Hay libros que todo el tiempo reactualizan su vigencia por imperio de acontecimientos políticos o sociales ajenos al ámbito de la investigación académica. Este privilegio lo tiene, sin duda, la obra *Vecinos* del sociólogo polaco-norteamericano Jan Gross que, además, es acompañado por otro privilegio igual de importante. Forma parte de ese lote de publicaciones que, además de ser best-seller, han logrado un impacto político directo. En este caso, su contundencia se hizo palpable en las respuestas del Estado polaco, conmovido por el tema desplegado en sus carillas que desarma su “historia oficial”. Por eso, la narración de Gross sobre un crimen colectivo en Polonia no solo despertó duras querellas intelectuales y morales a nivel internacional; también motivó una enérgica reacción del gobierno de ese país, que replica su disposición para sancionar todas las alusiones a la participación polaca en el exterminio de connacionales durante la Segunda Guerra Mundial. El emprendimiento tiene tradición y forma parte del intento de generar un relato que omita hechos muy difíciles de digerir, aunque cuente con la “bendición” de la Iglesia Católica local.

En esta dirección, en 1962, el Estado polaco había colocado un cartel donde ocurrieron los hechos que desentraña Gross, que decía: “Sitio de martirologio del pueblo judío. La Gestapo hitleriana y la gendarmería que-

* UBA / UNLP.

maron 1600 personas vivas el 10 de julio de 1941”. La demostración del libro *Vecinos* obligó al retiro de la leyenda que diluía la responsabilidad del pueblo polaco. Luego, ese texto tendría otras dos versiones. La última, señala: “En memoria de los judíos de Jedwabne y alrededores que fueron brutalmente asesinados y quemados vivos en este sitio el 10 de julio de 1941. En un solo día, una comunidad judía tres veces centenaria fue completamente destruida. Que esto sea una advertencia para que nunca más el pecado de antisemitismo lleve a los habitantes de esta tierra a ir contra sus vecinos”. La anterior redacción, aseveraba: “En memoria de los judíos de Jedwabne y alrededores, hombres, mujeres, y niños, habitantes de esta tierra, asesinados y quemados vivos en este sitio el 10 de julio de 1941. Que sea una advertencia para que las futuras generaciones no permitan que el pecado del odio engendrado por el nazismo alemán vuelva a poner a los residentes de esta tierra unos contra otros”¹. Este manejo de las palabras y cifras pone en evidencia la política de encubrimiento que continúa a través de las décadas con diversas argucias. Cotejar los términos de estos “recordatorios” resulta tan indignante como apasionante, pues el ejercicio comparativo desnuda la insistente maniobra².

Lo cierto es que el gobierno polaco cuestionó y prosigue desdeñando los escritos de Gross y todas las voces que vinculan a los polacos con el

¹ Véase algunos aspectos de esta cuestión en una imperdible entrevista realizada por Luis Bruschtein a la filósofa argentina Laura Klein, familiar de las víctimas, con motivo de su participación en un supuesto acto de “mea culpa” realizado por el gobierno polaco a sesenta años de los crímenes. Fue publicada en el diario *Página 12* el 12 de enero de 2001 con el título “Jedwabne: la vergüenza de los polacos”. Resulta muy enriquecedor complementar su lectura con la nota de Ana Wajszczuk, “La vecindad del mal”, publicada en el diario *La Nación* del 17 de julio de 2011, donde realiza comentarios interesantes sobre el libro de Gross y el mencionado reportaje. Ambos se encuentran con facilidad en la web.

² El libro de Gross, apenas fue publicado en su primera versión polaca (año 2000), intentó ser refutado por el Instituto de Memoria, a partir de excavaciones efectuadas en la zona donde se sospechaba podían estar los cuerpos de los asesinados. Se estima que allí había entre 200 y 250 cadáveres, una cantidad bastante distante de la esbozada por Gross. La cantidad de muertos devino así en un eje de disputa.



Holocausto. La iniciativa encuentra respaldo jurídico en flamantes enmiendas a la llamada “ley mordaza” o “ley Gross”, formas de referirse a la “Ley para el Enjuiciamiento de Crímenes Contra la Nación Polaca del Instituto de Memoria Nacional” que, especialmente apuntalada en los artículos 55a y 55b, intenta evitar las “falsificaciones históricas” y, por ejemplo, condena con penas de van desde multas a tres años de prisión a todos los que usen las palabras “campos de concentración polacos”. El embate contra Gross también tiene varios capítulos; uno de ellos más sonados se relaciona con la llegada de Vecinos al cine (también tiene puestas teatrales), a través de la película *Poklosie* [Secuelas] de 2012, dirigida por Władysław Pasikowski, que lo toma como referencia en su guión. Hoy existe una escalada gubernamental que fue calificada en distintos lugares del mundo como un intento de producir una “posverdad”, acomodada a las fuerzas políticas hegemónicas de la Polonia actual. La persecución estatal la padecen, igualmente, otros investigadores que trataron el tema, como Jan Grabowski con su libro *Caza de los judíos: traición y asesinato en la Polonia ocupada por Alemania*³.

Con amparo de esta herramienta jurídica, a comienzos de marzo de 2018, el tema cobró espesor en la Argentina por una denuncia de la “Liga Polaca contra la Difamación” (también llamada “Reducto del Buen Nombre”), dirigida contra el diario *Página/12* con el aval del gobierno polaco. La arremetida fue la consecuencia de la nota “Rostros familiares”, publicada en diciembre de 2017 con la firma de Federico Pavlovsky. Reflexiona en ella sobre la crónica acuñada por Gross de lo ocurrido en Jedwabne en el transcurso de la ocupación nazi. Esta acusación convirtió a ese periódico

³ Los nacionalistas polacos cayeron sobre él por haber señalado que, de los aproximadamente 250.000 judíos de Polonia que se escondieron para intentar escapar a la aniquilación propiciada por los nazis, únicamente el 10 % superó el desafío, pues el resto fue entregado por polacos a los alemanes. Grabowski, Jan. (2013). *Hunt for the Jews: Betrayal and Murder in German-Occupied Poland*. USA: Indiana University Press.



en el primer medio de comunicación que procura ser censurado en el extranjero, imputado por desacreditar a la “nación polaca”. De esta manera, el trabajo que aquí nos ocupa volvió a la palestra entre nosotros con gran fuerza, por ser una detallada recuperación de tan sombrío acontecimiento y un obstáculo recurrente al “negacionismo” que se erige sobre muchos aspectos de la Segunda Guerra, sobre todo de actitudes tan opuestas como el colaboracionismo o la resistencia de cuño partisan⁴. Las repercusiones del intento de acallar al diario argentino fueron inmediatas y el apellido Gross resonó nuevamente en múltiples lugares.

¿De qué habla el autor? Relata una acción colectiva que tuvo lugar el 10 de julio de 1941 en Jedwabne, un pueblo localizado a casi 200 kilómetros de Varsovia y cerca de la frontera soviética, generada por la intención de terminar con los judíos del lugar y saquear sus pertenencias. Vivían allí aproximadamente tres mil habitantes. Una parte de ellos masacró a mil seiscientas personas de origen judío sin reparar en género y edad, aunque, como vimos, persisten hasta el presente las controversias sobre el número total de los asesinados. El cuadro ofrecido en el capítulo titulado “El crimen” resulta espeluznante y refleja la determinación que Gross caracterizó como “un delirio de violencia”. La cacería y muerte de judíos que comenzó con hachas, cuchillos y palos fue una empresa asesina de tal tamaño, explica Gross, que mostró de inmediato su inviabilidad con esos medios. Eran armas demasiado rudimentarias como para acabar con esa porción de sus conocidos de toda la vida en una sola jornada. Por eso, finalmente, luego de segar vidas de manera dispersa, los quemaron vivos todos juntos, para proseguir con el saqueo de sus bienes. El sadismo expuesto en cada ataque es otro rasgo de los hechos que resalta el autor y queda ejemplifi-

⁴ El enorme peso de los partidos comunistas en la resistencia hizo que fuera desvalorizada su importancia durante la Guerra Fría. En las últimas décadas, saludablemente, se abrió un importante campo de investigación al respecto.



cado en sucesos como la decapitación de la hija del maestro que había enseñado a leer a todo el pueblo, cuya cabeza fue pateada en un juego macabro. La tortura antes de las ejecuciones fue otra práctica masiva, acompañada por el regocijo de muchos espectadores que rodearon, tomados de sus manos, a las víctimas para que no escapen de la furia asesina y expropiatoria.

La descripción está acompañada de una somera, pero ilustrativa, reconstrucción de los pogromos de localidades cercanas a Jedwabne, que sigue a un panorama geográfico e histórico del pueblo, a la rememoración de algunas de las vicisitudes transitadas durante la previa ocupación soviética de la región y a acotaciones sobre la situación que abrió la guerra entre Alemania y la Unión Soviética. No descuida tratar los recuerdos que dejó aquel sangriento episodio y las secuelas que quedaron luego de la liberación con la llegada del Ejército Rojo.

El libro está encuadrado en una teoría de los totalitarismos que Gross formula a partir de las figuras de Hitler y Stalin, pero ese obstáculo epistemológico no eclipsa una interesante cantidad de hipótesis, interrogantes y respuestas, que también transitan el prólogo de Martínez Reverte. Las preguntas y las contestaciones ponen en entredicho algunas de las explicaciones habituales sobre hechos como los ocurridos en Jedwabne, desde el ángulo de concebir que las relaciones entre polacos y judíos, en el transcurso de la guerra, fueron “mediatizadas” por factores externos: la presencia alemana y soviética. El planteo principal del libro inaugura otra perspectiva. Como demuestra Gross, la población involucrada en la muerte de los judíos residentes a pocos metros de sus casas actuó por voluntad propia. Los verdugos no respondieron favorablemente a una imposición directa de los invasores. Al contrario, cuando los vecinos se enteraron de que Gestapo iniciaría la liquidación de los judíos, se ofrecieron voluntariamente para la faena. Los alemanes les pidieron que dejaran vivos a uno por cada



oficio para explotar sus pericias, pero los pobladores de Jedwabne dijeron que no era necesario, pues estaban cubiertos todos con trabajadores no judíos. El aporte más inquietante que nos ofrece Gross se halla justamente aquí, pues certifica que la responsabilidad de los hechos estuvo en manos de varias personas “comunes” de la aldea rodeadas de la pasividad cómplice de muchos, esclarecimiento que colisiona con la historiografía que atribuye el hecho únicamente a un grupo de “canallas”. La reposición de los hechos en Vecinos indica que la barbarie fue protagonizada por gente de familia, que no tuvo reparo en buscar las monedas y los dientes de oro entre las cenizas, luego de la quemazón.

Gross busca los motivos del hecho, entonces, en el vínculo preexistente entre polacos y judíos, signado por un antisemitismo antiguo, reactualizado en el escenario de la guerra. Despeja así el prejuicio que adosa el odio a los judíos en Polonia debido a las supuestas simpatías manifestadas a favor de las huestes de Stalin antes de la llegada de los nazis.⁵ Gross despliega varios observables en esa dirección, que resultan convincentes.

Igualmente, y es menester subrayarlo, el libro también discurre sobre la desobediencia y resistencia a lo que moralmente se califica como lo inhumano, postura asumida por el matrimonio de Aleksander y Antonia Wyrzykowski, cuya actitud de esconder un pequeño grupo de los perseguidos, asumiendo los peligros, no debe quedar eclipsada ante la responsabilidad colectiva de lo ocurrido.

La investigación se sustenta, centralmente, en un interesante aprovechamiento de la documentación generada por dos juicios efectuados entre

⁵ Uno de los argumentos desplegados por Gross en tal sentido tendría base empírica en la actitud de rechazo a los judíos que persistió en la Polonia comunista luego de la guerra. Se destaca en tal sentido el movimiento de oposición desatado en julio de 1946, que rechazaba las condenas de los responsables del pogromo de Kielce, durante el que fueron asesinados por polacos un total de 42 compatriotas judíos. Desarrolló el tema en un libro titulado *Fear: Anti-Semitism in Poland after Auschwitz* [*Miedo. Antisemitismo en Polonia al finalizar la guerra*] editado en el año 2006.



1949 y 1953, a la que suma los testimonios de los sólo siete sobrevivientes. El tratamiento de las fuentes mereció dos capítulos sucintos, donde Gross sugiere una manera de tratar las fuentes para alimentar el debate historiográfico sobre la relación entre judíos y polacos. El autor acompaña sus pareceres, asimismo, con algunos mapas, documentos y fotografías.

El libro fue cuestionado por breve y se puso en duda su calidad como trabajo histórico. Lech Walesa afirmó que Gross era un “escritor mediocre” y un “judío que buscaba hacer dinero”.⁶ Algunas opiniones menos agresivas lo sitúan como un simple escrito periodístico sin estatus científico. Se utilizan en su contra pruebas como el hallazgo de balas de fabricación alemana en el área excavada, que refutaría su hipótesis que excluye la participación nazi en los asesinatos. Otra de las descalificaciones proviene de asignarle, debido a su origen judío, una intencionalidad sesgada al análisis que propone. Desde posiciones cercanas a los partidos comunistas se lo impugna por la interpretación que hace de las dos presencias de la Unión Soviética sobre suelo polaco, recordando que Gross en sus años como universitario integró el grupo anticomunista “Komandosi”, que estuvo involucrado en las “Revueltas de Marzo” de 1968.

Allende su valoración como trabajo historiográfico (sus detractores recuerdan que es sociólogo y no historiador) con toda certeza se debe señalar que comprueba, una vez más, la existencias de conductas que se replicaron en todos los territorios ocupados, donde, muchas veces, el mayor peligro provenía de los vecinos y no directamente de los conquistadores, como ocurrió con las delaciones falsas ante la Gestapo en Francia, para citar un caso, con el objetivo de lograr apetencias o venganzas personales.⁷

⁶ Hayes, P. (2015), *How Was It Possible? A Holocaust Reader*. USA: University of Nebraska Press, p. 816.

⁷ Eder, C. (2014). *Las condesas de la Gestapo*. Buenos Aires: El Ateneo. Un libro importante que aborda el tema del trato de los vecinos a los judíos aunque en Alemania,



Gross ensaya reflexiones que abren la discusión sobre los componentes racionales e irracionales de lo acontecido en el poblado, que implican un llamado a la conciencia más allá de la expertise del autor como historiador, a la vez que instala un debate sobre la moral y brinda elementos que trascienden las relaciones judío-polacas para enfrentarnos a una temática que abarca el tipo de vínculo que tenemos entre todos. Lejos de ser un trabajo que esparce provocaciones, como opinan sus acusadores, es un libro escueto pero lleno de sugerencias de perfil sociológico, que transita desde los grandes temas macrosociales a la vida cotidiana plagada de discriminaciones y violencias. Invita, además, a filosofar junto a Hannah Arendt sobre la “condición humana” y la “banalidad del mal”.

En definitiva, podemos aseverar que la obra aborda una práctica recurrente en la historia consistente en el exterminio de humanos en masa. Esa reiteración generó el traslado sistemático de muchos recursos para tornar infalible el emprendimiento. La ciencia y la tecnología ocupan un lugar preponderante para perfeccionar su eficacia. Los Estados han dedicado y prosiguen consagrande gran porción del presupuesto nacional para incrementar su capacidad para la letal tarea, sin dudar en relegar la atención de problemas sociales más relevantes y urgentes. Si Gross aborda una cuestión tan repetida y extendida ¿por qué su libro es tan irritante y estremecedor para el lector? ¿Dónde radica su tono desafiante? Pone en entredicho un criterio fundamental para tolerar lo atroz: la distancia. Estamos contruidos para tolerar atrocidades si son lejanas en el tiempo o en el espacio. Podemos soportar, con cierta indiferencia o displicencia, grandes cuotas de sufrimiento del prójimo, siempre y cuando no afecte de manera directa nuestra rutina. Además, estamos mejor contruidos para temer a los des-

con interesantes notas sobre el pasaje de la indiferencia a la complicidad, es el de González Martínez, C.; García, D. E.; Pérez Mengual, F.; Fernández López y Prior Olmos, J. A. Á. (2015). *Experiencia totalitaria, resistencia y testimonio de Bonhoeffer a Kertész*. España: Ediciones de la Universidad de Murcia (Editum).



conocidos que a los “rostros familiares”. Pero la masacre de Jedwabne no la llevó adelante alguien de afuera del terruño, ni ocurrió a muchos kilómetros, como las matanzas de palestinos o sirios hoy. La proximidad, impiedosa, nos insinúa que podríamos ser tanto víctimas como verdugos en cualquier momento. En Jedwabne, los victimarios vivían cerca de los ejecutados. Eran nada más y nada menos que sus vecinos.

